

La Situación de la Iglesia Católica en El Salvador y su Influjo Social

RESUMEN

Se describe en este trabajo la situación de la Iglesia católica en El Salvador y el influjo que ejerce en la sociedad. Se analiza la situación de los diversos estratos eclesiales: jerarquía episcopal, sacerdotes, religiosos y religiosas, laicos y, especialmente, las comunidades eclesiales de base. De este análisis se desprende que en El Salvador la Iglesia católica toma dos direcciones distintas. Una dirección en la línea de la Iglesia de los pobres que se concentra en la Arquidiócesis y a la que se adhieren otros grupos eclesiales del país; y otra en la dirección de una Iglesia tradicional.

El influjo de la línea de la Arquidiócesis es mayoritario y de signo positivo, mientras que el influjo de la otra línea se limita de hecho a mantener el statu quo eclesial y social. La posibilidad del influjo positivo viene dada por la capacidad de cambio y conversión, de coherencia entre teoría y praxis pastoral, de fomentar la unión intraeclesial, de creatividad a los diversos niveles de la vida eclesial, de búsqueda de respuesta a los nuevos problemas, de suscitar prestigio internacional, y, por último, de mantener la entereza en la persecución.

El influjo social de la Iglesia se realiza en sentido positivo en su incidencia en la conciencia colectiva de la sociedad, desbloqueando falsas concepciones religiosas e, indirectamente, falsas concepciones económicas y políticas, y aportando valores positivos sobre importantes realidades sociales, como son, la palabra como vehículo de verdad y de convivencia social, la institución al servicio de las mayorías y el pueblo como autor de su propio destino.

En este trabajo, y dada la finalidad de este número de la revista ECA, se trata fundamentalmente de describir la situación de la Iglesia en El Salvador y de mostrar su influjo social, la magnitud y la dirección de ese influjo. No es por lo tanto un análisis estrictamente teológico, aunque para medir el influjo social y su significado se adoptan necesariamente criterios teológicos.

Se presupone que el medio específico de la Iglesia no sólo de llevar a cabo su misión evangélica, sino de influir en la sociedad, es la evangelización

considerada en su totalidad, es decir, como anuncio de la utopía del reino de Dios a los pobres, la denuncia del pecado, las realizaciones parciales de la utopía, propiciadas intra y extra-eclesialmente, y el modo cristianamente ético de realizar esas tareas. El influjo de la Iglesia en lo social no es, normalmente, directamente prático en el sentido de que sustituyese a las instancias económicas y políticas para configurar la sociedad, sino que acaece fundamentalmente a través de lo ideológico, lo cual a su vez configura la transformación de dichas instancias en una de-

terminada dirección.

Se presupone también, sin poderlo probar ahora, que el influjo social de la Iglesia será tanto mayor cuantitativamente y tanto mejor cualitativamente en la medida en que la Iglesia permanezca fiel a su esencia evangélica, recobrada eficazmente desde el Vaticano II y actualizada para América Latina en Medellín y Puebla. Dicho brevemente y apuntado a contenidos elementales, pero de suma importancia, en la medida en que la Iglesia actúe en explícito servicio al mundo y dentro de ese mundo opte preferencialmente por los pobres y oprimidos, asumiendo su situación, su causa y su destino, aumentará también su influjo social y en una dirección deseada, tanto por las exigencias del Evangelio, como desde el punto de vista de las necesidades reales de nuestros pueblos.

1. La situación de la Iglesia católica en El Salvador

Presentamos ahora la situación de la Iglesia, reduciéndonos a la católica. Al describir esta situación habrá de tenerse en cuenta de antemano el papel preponderante que en la historia y en la actualidad le compete a la Arquidiócesis de San Salvador con respecto a las demás diócesis. Este dato es fundamental para medir el influjo de la totalidad de la Iglesia en el país y su significado.

Deberá también tenerse en cuenta no sólo la actual situación, tal cual es, sino el proceso de cambio por el cual se ha llegado a esta situación o el estado de estancamiento eclesial. El hecho mismo del cambio eclesial o su estancamiento es uno de los modos importantes de dar peso histórico al influjo social.

Hay que añadir por último que los análisis que aquí se hacen son necesariamente muy generales. Para un estudio de la Iglesia en sí misma habría obviamente que analizar los datos mucho más en detalle, pero para el propósito de este artículo basta mostrar las grandes líneas de la actual situación y acción de la Iglesia.

1.1. Los **obispos** son todavía en América Latina símbolos claros de la realidad de una Iglesia local, y sus tomas de postura es uno de los modos importantes a través de los cuales la Iglesia ejerce su influjo ideológico en una determinada sociedad. Lo mismo ocurre en El Salvador.

En la Arquidiócesis ya en el largo ministerio de Mons. Luis Chávez y González se concretó el liderazgo eclesial y social de la persona del Arzobispo.¹ Mons. Chávez impulsó paulatinamente, pero con paso firme, la acomodación de la Iglesia a las exigencias del Vaticano II y Medellín. Impulsó la formación del clero en la nueva dirección, promovió a los laicos y llevó a cabo un serio intento de pastoral unificada para la Arquidiócesis. Frecuentemente tomó postura en sus numerosas Cartas Pastorales sobre

la situación del país, e hizo el diagnóstico cristiano de la situación que se repetirá y ahondará después. "El círculo vicioso de la miseria gravita sobre los pobres con toda su crudeza". "Hay que confesar que si hay tales desniveles es porque hay una mala distribución del capital". Esta situación es injusta porque produce "el enriquecimiento de unos pocos y el empobrecimiento de las mayorías".²

Mons. Oscar Romero recibió la herencia de su predecesor, y por la honradez espiritual de su talento y la persecución que se desencadenó muy pronto contra la Iglesia, ha promovido y potenciado de una manera insospechada la línea de Mons. Chávez. Esta persecución es el hecho fundamental para comprender la actuación de Mons. Romero, pues la persecución ha supuesto el sello de autenticidad cristiana y de credibilidad a la pastoral antecedente, y —al no paralizar esa línea pastoral— la ha fomentado y hecho crecer en creatividad a todos los niveles.

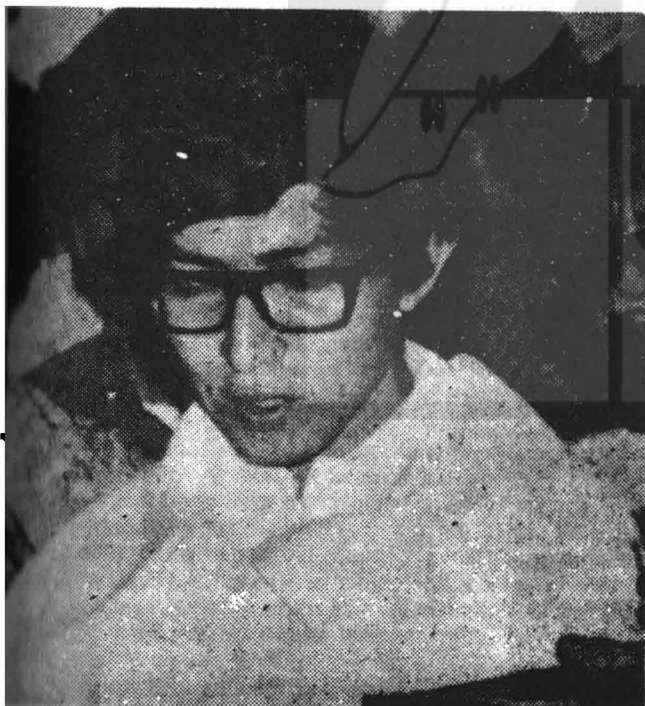
En dos años Mons. Romero se ha convertido en la conciencia cristiana del país, que critica los atropellos producidos por estructuras injustas y da esperanza y fortaleza a las mayorías pobres. Se ha convertido en líder y aglutinador de los diversos estratos eclesiales de la Arquidiócesis e incluso fuera de ella. Ha unificado al clero diocesano y en buena parte religioso, a las religiosas, a los laicos agentes de pastoral y a la inmensa mayoría del pueblo, sobre todo de campesinos. Se ha convertido de manera desconocida hasta ahora en el país y difícilmente superada aun fuera del país en figura eclesial internacional. Todo ello hace que su actuación sobrepase con mucho las fronteras de lo estrictamente eclesial y tenga un inmenso influjo social. El que sus homilías dominicales sean el programa radial más escuchado en el país, por quienes le siguen y también por quienes le critican, en un símbolo de su relevancia social.

El centro de su mensaje evangélico y social es claro y abundantemente expuesto en sus Cartas Pastorales. La Iglesia no se considera como una sociedad perfecta cuyo interlocutor primario fuese el Gobierno, sino que se considera como el pueblo de Dios, cuya mayoría son los pobres. Y dentro de esa Iglesia el interlocutor de la jerarquía es el pueblo a quien hay que oír, servir y orientar en mutuo diálogo. La Iglesia cree además que en la configuración justa de la sociedad no pueden faltar las mayorías populares como autores de su propio destino, y por ello exige su derecho a organizarse y apoya todo lo que de justo hay en sus luchas. La Iglesia cree por último que la realidad social es conflictiva y cualquier intento de cambio es también conflictivo; y por ello pide en primer lugar conversión interior, ofrece la inspiración evangélica para humanizar todo lo que sea conflicto y lucha, rechaza la mística de la violencia, aunque la condena jerarquizadamente.

Muy distinta es la actuación y el influjo social

de los Obispos de las otras diócesis, con la excepción de Mons. Rivera y Damas, quien en momento importantes se ha mostrado solidario con Mons. Romero, como lo fue con Mons. Chávez. En general se nota la ausencia de una dirección en una pastoral unificada, y mucho menos en la dirección de Medellín y Puebla. Esto hace que la figura del Obispo aparezca separada y a veces distanciada del cuerpo de la diócesis, o de sus grupos más significativos, con lo cual pierden liderazgo aglutinante y entran muchas veces en serios conflictos con grupos relativamente grandes de sacerdotes y agentes de pastoral.

La ausencia de una pastoral y liderazgo intraclesiales se traduce también en un influjo social generalmente de signo negativo. En una Iglesia y en un mundo en cambio, no adecuarse a esos cambios significa mantener lo tradicional, lo cual significa mantener el statu quo eclesial, e indirecta pero eficazmente, mantener también el statu quo socio-político del país. Es cierto que en alguna ocasión algún Obispo ha denunciado claramente los atropellos de la oligarquía y del Gobierno, pero otras veces —y así se interpreta en la opinión pública— hacen causa común con ambos, por acción u omisión, sancionando con su presencia importantes acciones públicas del Gobierno, como pueden ser las tomas de posesión del Sr. Presidente o la participación en el foro nacional.



Padre Octavio Ortiz

En sus declaraciones doctrinales y en sus mensajes parecen dar más importancia a juicios sobre ideologías —frecuentemente mal comprendidas— que a la urgencia de la misma realidad, a los peligros y aun fallos de toda actuación y proyectos históricos que a las ingentes calamidades de la realidad salvadoreña, a la pureza ideológica abstracta en que se expresa la Iglesia que a su servicio al mundo, el cual en cuanto histórico, no carecerá a veces de ambigüedades y peligros. De lo dicho se desprende lógicamente el conocido hecho de la división dentro de la CEDES, Conferencia Episcopal de El Salvador, y también sus raíces estructurales, independientemente de caracteres personales. Es cierto que en el comienzo de la persecución a la Iglesia todos los obispos aparecieron sustancialmente unidos en los mensajes del 5 de marzo ⁴ y 17 de mayo de 1977 ⁵ y en la reunión del 18 de abril ⁶ del mismo año con el entonces presidente Molina. Cerraron entonces filas para defender a la Iglesia, denunciaron los atropellos y emplazaron al Gobierno a que pusiera fin a la persecución o la controlara.

Sin embargo el mensaje del 10. de enero de 1978, en que se denunciaba sobre todo la Ley de Defensa y Garantía del Orden Público, sólo lo firmaron tres obispos. Y más recientemente, en agosto del año pasado, es sabido que Mons. Romero y Mons. Rivera publicaron una Carta Pastoral conjunta sobre la Iglesia y las Organizaciones políticas populares, mientras que prácticamente al mismo tiempo los otros cuatro obispos emitieron un comunicado sobre el mismo tema con afirmaciones sustancialmente contrarias. ⁷ Ante dos temas de eminente interés social y práctico, la ley de orden público y la legalización y justificación de las organizaciones populares, los obispos del país se han mostrado claramente divididos. Con ello ha aparecido en público una división que alcanza otros muchos niveles eclesiales internos. Y en la Arquidiócesis se ha visto agudizada, a nivel de obispos, por la incompatibilidad entre el Sr. Arzobispo y su obispo auxiliar.

El Sr. Nuncio Apostólico, que en países pequeños como el nuestro, suele tener gran influencia también en los asuntos internos de la Conferencia Episcopal, no ha logrado unificar a la CEDES y ciertamente no en la línea de Medellín y Puebla. Más bien, a través de sus breves pero significativas apariciones en público, sus presentaciones en medios diplomáticos y gubernamentales, y sus ausencias en medios populares y en las reuniones de los sacerdotes, ha forjado la imagen de entorpecer y atacar la línea de la Arquidiócesis, favorecer las otras actitudes episcopales y apoyar la tesis gubernamental en relación a la Iglesia. ⁸

Todo ello significa que la CEDES en cuanto tal no tiene influjo eclesial ni social en el país, aunque al ser la mayoría de sus miembros de línea conservadora, pueda ser usada y manipulada por el Go-

bierno y la oligarquía. De esta forma se quiere manipular a la Iglesia en su conjunto con la presencia de algunos obispos en actos oficiales del Gobierno, del Obispo castrense en actos militares; y los medios de comunicación al servicio del Gobierno y la oligarquía frecuentemente orquestan declaraciones de Obispos, como fue el caso de las declaraciones de Mons. Revelo en el Sínodo de Roma y de Mons. Aparicio en Puebla, para dar la imagen de una iglesia oficial, en la línea tradicional y no comprometida. Sin embargo, el mismo Gobierno y todas las fuerzas sociales del país saben y reconocen implícitamente que la fuerza social de la Iglesia salvadoreña está en la Arquidiócesis y en los grupos que la secundan en otras diócesis, y que el portavoz real de la Iglesia salvadoreña es el Arzobispo de San Salvador y no la CEDES.

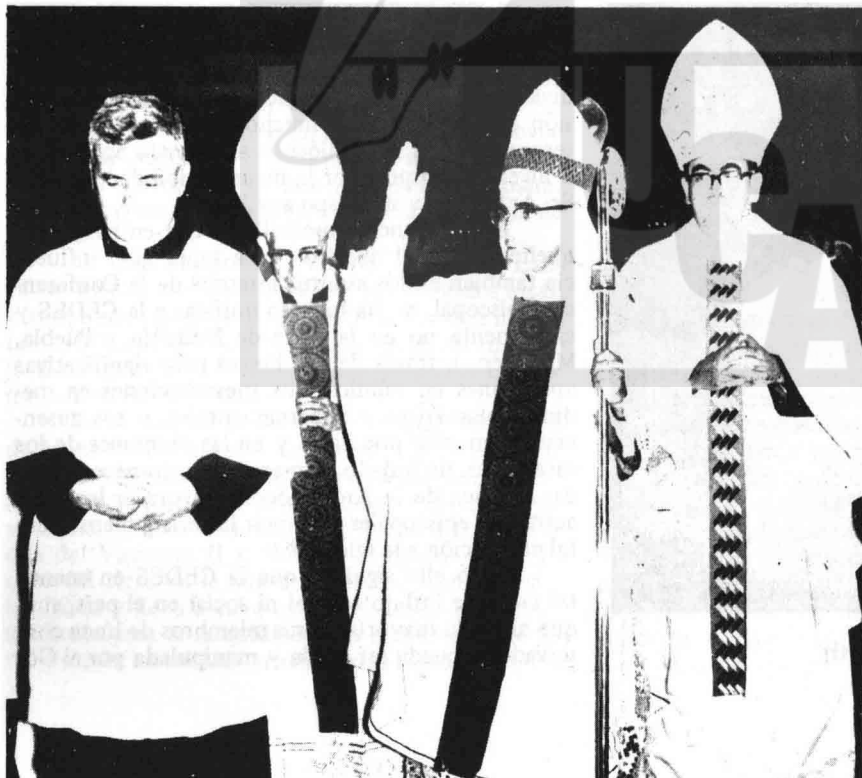
1.2. La misión de la Iglesia y su influjo cotidiano en la población se canaliza todavía principalmente a través de sus líderes más representativos que son los sacerdotes, religiosos y religiosas. La estructuración de la Iglesia en parroquias que cubren todo el territorio nacional y, en menor medida, en instituciones educativas y de promoción social hacen que el trabajo de sacerdotes, religiosos y religiosas pueda influir a un nivel bastante masivo y canalizar el liderazgo más universal del Arzobispo o de otro obispo si lo tuviera.

En El Salvador existe un número reducido de sacerdotes, que no llega a la cifra de 1 sacerdote por 10.000 habitantes. Los sacerdotes se reparten en números aproximados de la siguiente manera:

	Diocesanos	Religiosos	Total
San Salvador	104	85	189
Santa Ana	30	20	50
San Vicente	25	15	40
San Miguel	20	7	27
Santiago de María	13	11	24
<hr/>			
Totales	192	138	330

En comparación con otros países del área hay que notar que el clero, sobre todo diocesano, es en gran parte salvadoreño, y que por haber existido durante muchos años un seminario mayor en el país su nivel de preparación es en general bastante bueno. Los sacerdotes se concentran mayoritariamente en la Arquidiócesis, y entre ellos hay un buen número con esmerada formación, posibilitada ya en tiempos de Mons. Chávez por las facilidades que daba para estudiar en el extranjero, y facilitada en la actualidad por las numerosas oportunidades de formación permanente que ofrece San Salvador.

A nivel nacional no existe una línea pastoral unificada. La semana de pastoral de 1970 tuvo influjo en la Arquidiócesis, pero no en las demás diócesis. En la actualidad, a excepción de la Arquidiócesis y de los intentos que se hacen en Santiago de María no existe una pastoral unificada en las demás diócesis, como señalan y lamentan los sacerdotes. Tampoco existen o funcionan con eficacia los Senados Presbiterales y los Consejos diocesanos de Pastoral,



ni esas ausencias son suplidas en las reuniones del clero. Con ello la línea pastoral depende y varía según los párrocos.

Fuera de la Arquidiócesis la línea pastoral mayoritaria es todavía la tradicional, basada en la administración de los sacramentos, con intentos de actualización en esa misma línea a partir de los movimientos carismáticos. Sin embargo existen también grupos de sacerdotes, pequeños en número, pero con mejor formación, que intentan una pastoral de liberación integral promoviendo las comunidades de base, la formación de agentes de pastoral, lo cual se lleva a cabo en las mismas parroquias o en algunos centros en Santa Ana y Santiago de María. Estos grupos de sacerdotes no encuentran muchas veces apoyo en sus propios obispos y a veces franco rechazo, como lo ejemplifican la suspensión a divinis que el Obispo de San Vicente impuso a diez de sus sacerdotes.

El hecho fundamental para medir el influjo social de los sacerdotes de estas diócesis es que no existe lo que pudiera llamarse cuerpo presbiteral, es decir, un cuerpo suficientemente compacto y unido, siguiendo una línea común y que, aun dentro de sus diferencias, potenciase la acción de los sacerdotes individuales. Los más comprometidos entre éstos se sienten más unidos al cuerpo presbiteral de la Arquidiócesis. En ésta existe desde hace varios años una línea de pastoral, buscada, reflexionada y puesta en práctica en mayor o menor medida, de acuerdo al Vaticano II y Medellín. En enero de 1976 se celebró con más de 300 participantes, incluyendo a algunos religiosos y seglares, la Semana Pastoral de la Arquidiócesis. En ella se recogían los frutos de nuevas experiencias, como por ejemplo la desarrollada en la zona de Aguilares, y a esa nueva luz se evaluaba también la obra de toda la Arquidiócesis. Se propusieron como metas la intensificación de la evangelización, sobre todo adecuando la religiosidad popular a las exigencias de liberación, la potenciación de las comunidades locales, sobre todo formando agentes seglares de pastoral, la promoción integral del hombre salvadoreño, trabajando sobre todo por sus derechos humanos, económicos, político-culturales, de libre asociación, de información, de libertad religiosa y el derecho a la seguridad.

Esta línea de pastoral y el prestigio personal de los dos Arzobispos ha unificado al clero suficientemente y a veces de manera impresionante. Individualmente los sacerdotes ponen de hecho diversos acentos en su pastoral concreta, persistiendo todavía la línea básicamente sacramental. Pero en su conjunto las diversas tendencias existentes no son obstáculo para que los sacerdotes puedan dar la impresión de un cuerpo presbiteral unificado, como lo percibe la opinión pública. Con pocas excepciones de sacerdotes muy de derechas, no asimilables al cuerpo presbiteral, la gran mayoría intenta honradamente

colocarse en el centro eclesial, tal como lo entendió Medellín, existiendo también un grupo en apostolados de avanzada, pero en fundamental comunión con el Arzobispo y el cuerpo presbiteral.

Este cuerpo se enriquece porque la Arquidiócesis es comprensiblemente el lugar de nuevas y variadas experiencias de pastoral, que mantienen la sana tensión entre lo ya realizado y lo que hay que realizar. Y cuenta también con la posibilidad de ahondar teológicamente en la práctica pastoral, pues en la Arquidiócesis se encuentran el Seminario y otros centros de estudios, como la UCA, que proporcionan el soporte bíblico y teológico para las nuevas experiencias.

El clero de la Arquidiócesis, por lo tanto, por su básica unidad entre ellos y con el liderazgo del Arzobispo, representa una clara fuerza social en una dirección de avanzada, que supera las realizaciones concretas de muchos de sus miembros. El pueblo nota en ellos y en grupos de sacerdotes de otras diócesis una mayor cercanía y solidaridad hacia ellos, un cambio de interés hacia las parroquias campesinas y suburbanas, una nueva imagen de ser sacerdote y así de ser Iglesia. A esto último ha contribuido grandemente que los sacerdotes, en su inmensa mayoría de la Arquidiócesis, han sufrido algún tipo de persecución. Esta comenzó muy esporádicamente ya en el comienzo de esta década. Pero en los dos últimos años no menos de 50 sacerdotes, prescindiendo de las amenazas a todos los jesuitas, han sufrido calumnias públicas, amenazas, encarcelamiento, torturas, expulsiones y cinco de ellos el asesinato. Esta persecución a los sacerdotes y la firmeza con que en general se mantienen en ella es el hecho más impactante socialmente, porque da fuerza y credibilidad a la palabra y acción de los sacerdotes, y con ello un gran peso social a su enjuiciamiento de nuestra sociedad.

1.3. En El Salvador existen 1.125 **religiosos y religiosas**, 775 pertenecientes a congregaciones femeninas y 350 pertenecientes a congregaciones masculina, varios de los cuales son además sacerdotes. Están repartidos en 32 institutos femeninos y 16 masculinos.¹¹ A diferencia de los sacerdotes los religiosos son mayoritariamente, en un 75 o/o, extranjeros. Su influjo pastoral se realiza principalmente a través del campo de la educación y de la pastoral. El análisis por diócesis reflejaría sustancialmente lo dicho de los sacerdotes, aunque los religiosos y religiosas tengan una mayor independencia de las diócesis y dependan más de sus propios superiores religiosos y del carisma de su congregación.

28 institutos religiosos están dedicados a la educación en escuelas, colegios, institutos y en una universidad. Estas obras educativas se hallan principalmente en los centros urbanos, aunque no exclusivamente, como lo muestran las escuelas parroquia-

les en el campo y las escuelas de Fe y Alegría. Tradicionalmente el apostolado educativo ha sido dirigido a las clases pudientes en los colegios clásicos de la capital. Se está dando sin embargo un cambio en varios de esos colegios y en los más representativos entre ellos. El cambio más importante se nota en una mayor integración entre la formación religiosa y el análisis de la realidad nacional, lo cual prepara a los estudiantes para enjuiciar la situación del país, también desde la fe cristiana, de una manera crítica y realista. También se ha dado en alguna medida la democratización del alumnado, que tradicionalmente estaba compuesto de las clases adineradas. El hecho de que las familias más pudientes no envíen ya a sus hijos a los colegios católicos y el que se hayan fundado varios otros colegios elitistas dan prueba de ello. Los colegios católicos no son ya el lugar de formación de la oligarquía. Y este dato, aunque los mismos colegios reconozcan que tienen un largo camino por recorrer, supone un impacto social en el país. El necesario apoyo mutuo en esta nueva línea educativa y la persecución que han sufrido algunos colegios ha fortalecido la Confederación de Colegios Católicos, que agrupa a 57 centros educativos.

32 institutos están dedicados al trabajo pastoral en parroquias. El dato más significativo en este campo es el desplazamiento cada vez mayor de comunidades religiosas femeninas a parroquias situadas en áreas rurales o suburbanas. Sólo en la Arquidiócesis existen 28 comunidades de religiosas en trabajo pastoral en zonas pobres. Su trabajo se extiende a todas las áreas de la pastoral, pero especialmente a la creación de comunidades de base y la formación de agentes de pastoral. Este desplazamiento hacia la inserción entre las mayorías pobres da ya de por sí gran credibilidad a la acción de las religiosas; y más aún cuando esta labor ha supuesto la persecución incluso para las religiosas, que empiezan novedosamente a ser amenazadas seriamente y dos de ellas expulsadas temporalmente del país.

Existe también la pastoral social en la que colaboran miembros de 23 institutos, dedicados diversamente a la asistencia social en los diversos niveles de dispensarios, orfanatos, asilos, ayuda alimenticia etc., a la promoción y capacitación social y a la formación de líderes de comunidades. 5 institutos religiosos trabajan en la pastoral de enfermos, dándoles asistencia médica o cuidado sacerdotal. Por último algunos religiosos trabajan en los medios de comunicación social, sobre todo en la YSAX, Semanario Orientación, y las revistas ECA y Búsqueda.

Los religiosos están ofreciendo en su conjunto una nueva imagen de cambio y de servicios a los pobres, cambio que se nota más palpablemente entre las religiosas, pues aunque entre ellas existen reductos paralizados, las nuevas posibilidades que se les ofrecen, antes vedadas, y el liderazgo de Mons. Romero les han impulsado hacia adelante. Entre los

religiosos el ritmo de cambio es más lento, con la excepción de algunos dedicados a la pastoral y de los jesuitas. Las novedades más importantes se pueden resumir en un movimiento hacia los pobres, teniendo en cuenta que muchas congregaciones han sido hasta muy recientemente elitistas, en un movimiento de inserción con ellos, sobre todo de las religiosas, y en un movimiento a unificarse más en la pastoral diocesana. Todo ello está dando una nueva imagen del trabajo educativo y pastoral de los religiosos, sellado como en el caso de los sacerdotes con la persecución.

1.4. También ha cambiado la situación de los laicos principalmente en la Arquidiócesis. A partir del Vaticano II Mons. Chávez impulsó el apostolado de los laicos e hizo aumentar la importancia de su papel dentro de la Iglesia, especialmente en el campo social, familiar y universitario. En la actualidad los laicos han aumentado su responsabilidad eclesial, aunque el signo de su influjo sea diferente al de hace diez años. Ha decrecido la importancia de movimientos laicales del tipo de cursillos de cristiandad o movimiento familiar cristiano, que proliferaban sobre todo entre las clases medias. En la actual situación eclesial estos laicos, en número reducido pero significativo, se han entroncado en trabajos de influjo social, como pueden ser el Secretariado social interdiocesano, el Comité de Justicia y Paz, en trabajos educativos con inspiración cristiana, como el que se desarrolla en algunos colegios y en la UCA, en trabajos de promoción social con inspiración humanitaria y cristiana, como puede ser la Fundación Salvadoreña de Vivienda Mínima.

Pero sin duda el dato más significativo de la promoción de laicos es el crecimiento de la Iglesia a partir de sus bases naturales, que en nuestro país son las mayorías pobres. Ese crecimiento ha cristalizado en las comunidades eclesiales de base, que aunque no sean mayoritarias en todo el país, tienen ya suficiente envergadura, y en cualquier caso representan el cauce del influjo social de la Iglesia desde su elemento mayoritario popular. Cual sea su realidad puede desprenderse del estudio de una amplia encuesta pasada en la Arquidiócesis, cuyos resultados más significativos recogemos resumidamente a continuación.¹²

El dato primario es la propia conciencia de una superación de la religiosidad popular en lo que ésta ha tenido de alienante y de vehículo de valores sociales paralizantes, reconocedores y estabilizadores del statu quo social. Lo que las comunidades de base rechazan en la religiosidad popular no es el que sea "popular", sino el que haya separado los valores religiosos de la problemática real y angustiante de la vida, que se descubre ahora además como contraria a una religiosidad "cristiana". El proceso de superación, o más exactamente de transformación de la religiosidad popular, se ha llevado a cabo a través de

una evangelización concientizadora y liberadora que partiendo de la palabra bíblica y sobre todo evangélica ha descubierto unificadamente las exigencias de lo cristiano y las exigencias y urgencias de la propia realidad.

Esta evangelización ha redescubierto en el pueblo una serie de valores ideológicos y organizativos, que son propios de la fe cristiana y que son a la vez vehículos aptos de enjuiciamiento y transformación de la sociedad. Al nivel ideológico las comunidades de base redescubren la esencia última de lo que sea pecado, que para nuestra situación se concreta en la injusticia, como su manifestación objetiva, y en la ambición y el egoísmo, como su manifestación subjetiva. Desde este criterio juzgan de la actual configuración capitalista de la sociedad como pecaminosa porque produce de hecho, abundante y permanentemente, la injusticia. Y desde ahí juzgan también los pecados al interior de la Iglesia, como expresión de connivencia con las estructuras sociales y económicas injustas.

Redescubren también la exigencia primaria de la fe como lucha por la justicia y por una liberación integral, en lo cual descubren la correspondencia con los datos esenciales de la fe cristiana, tales como el amor de Dios a los más pobres y oprimidos y el seguimiento de un Jesús liberador. Y éste es también para ellos el criterio positivo para juzgar de la Iglesia que en la Arquidiócesis cumple bien, a su juicio, su cometido.

Redescubren también la importancia de los pobres para la evangelización y para el correcto planteamiento de los problemas y búsqueda de soluciones. La óptica del pobre, de las mayorías, se hace condición indispensable para encontrar la voluntad de Dios, como buena noticia a los pobres, y para encontrarla históricamente en el país. Esta óptica es la que desenmascará slogans generales sobre la bondad de ideologías genéricas como la democracia, la libertad etc. La óptica de los pobres muestra en concreto y no sólo conceptual e ideologizadamente la bondad o maldad real de esas ideologías y sus consecuencias.

Al nivel de organización propia las comunidades de base redescubren al interior de la Iglesia el hecho de que ellas son eclesialmente la base real de la Iglesia y que ellas deben ser socialmente los autores de su propio destino. Redescubrir los aspectos organizativos no es pues redescubrir sólo mecanismos concretos de organización, sino más de fondo descubrir la necesidad y posibilidad de constituirse como pueblo.

El convertirse en pueblo significa eclesialmente dar la debida importancia a su propia organización y liderazgo. De ahí que sea importante el hecho mayoritario de catequistas, delegados de la palabra y promotores de la comunidad. Es el modo de que las comunidades de base lleguen a ser ellas mismas.

Esto no significa que eclesialmente estén encerradas en sí mismas. Por su origen nacieron de la actuación de varios sacerdotes, cuya intención fue ciertamente dar la mayoría de edad a las comunidades. En la actualidad muestran su solidaridad con muchos sacerdotes y ciertamente con el Sr. Arzobispo. Se comprenden y actúan como comunidades locales, pero al mismo tiempo dentro del cuerpo de la Arquidiócesis, con lo cual se potencian ellas mismas y potencian la totalidad de la Arquidiócesis. Sin embargo se sienten distantes de aquellos sacerdotes cuya opción no sea la de la liberación integral, y muy distantes del episcopado en su generalidad, y especialmente del Obispo Castrense y del Sr. Nuncio.

Al nivel social, las comunidades de base buscan y aceptan apoyo de un reducido número de miembros de las clases medias y altas, y entran en relación, mayor o menor, con organizaciones populares políticas que defienden sus intereses mejor que los partidos políticos tradicionales, incluso los de la oposición, y en modo algunos se sienten representadas, sino perseguidas por los últimos gobiernos y por las organizaciones de la oligarquía.

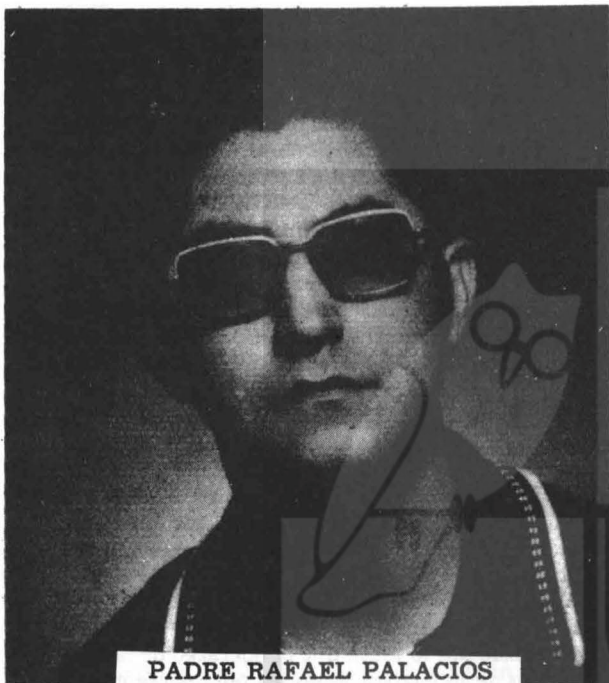
Las comunidades eclesiales de base, aunque no son mayoría en el país, representan el vehículo más importante de la Iglesia para influir socialmente al nivel del medio popular mayoritario. Sirven por una parte para dar cohesión real a lo que se llama Iglesia de los pobres, es decir, a una Iglesia que tiene la capacidad de unificarse históricamente a partir de los pobres. De esta forma se consigue una integración de la jerarquía episcopal, de los sacerdotes y religiosas, de los líderes de las comunidades y de las bases populares de la Iglesia. Esa cohesión hace que la palabra de liderazgo que tiene el Arzobispo, y en menor medida otros sacerdotes, tenga la fuerza no sólo de la propia palabra y persona del Arzobispo, sino la fuerza que proviene de un respaldo popular y masivo. Hace por lo tanto que el liderazgo de la Iglesia a través de su Arzobispo no sea puramente individual, elitista o demagógico, sino real y popular. Y hace que el liderazgo del Arzobispo se exprese según contenidos que provienen de las necesidades reales del pueblo y de sus legítimos intereses y luchas.

Por otra parte las comunidades eclesiales de base representan, aunque en pequeña escala, las propias posibilidades del pueblo de cambiar en su propia autocomprensión fatalista y resignada a otra más activa y responsable, y de ofrecer formas populares de organización y autogestión. Aunque estas formas populares de organización se expresen en primer lugar a nivel eclesial ofrecen un modelo de la posibilidad que tiene el pueblo de salir de la postración y manipulación a que ha sido sometido secularmente.

En definitiva las comunidades eclesiales de base son la realización a un nivel mayoritario y popular de lo pedido por Medellín y Puebla. No por ser

populares están ya exentas de fallos y peligros, como ellas mismas lo reconocen, y como se lo recuerda el Arzobispo, aun cuando les da su decidido apoyo. Pero ofrecen un cauce en el que se hace justicia a la fe cristiana y a la situación de los países latinoamericanos. Y verifican que la Iglesia puede ser una esperanza real para el pueblo y un importante factor de cambio y liberación a través del mismo pueblo.

Una Iglesia organizada en comunidades de base puede tener un enorme influjo social. El hecho de que sean estas comunidades las más perseguidas dentro de la Iglesia y que hayan aportado un ingente número de mártires lo muestra.¹³



2. Dos formas de ser Iglesia en El Salvador

Recogiendo lo dicho hasta ahora de forma sistemática constatamos que en el país existen dos formas de ser Iglesia, representadas globalmente por la Arquidiócesis y por las otras diócesis, de desigual influjo social y en direcciones distintas. Estas dos formas corresponden también a dos concepciones teológicas distintas, pero que ahora las analizamos sólo desde su significado sociológico.

2.1. En primer lugar existe lo que podemos llamar **la Iglesia tradicional**, que no forma en sí misma una unidad compacta, sino que se define más bien negativamente por no haberse dejado inspirar o no suficientemente por Medellín, y a veces ni siquiera por el Vaticano II, y no haber puesto en práctica suficientemente sus exigencias.

A este tipo de Iglesia siguen perteneciendo aquéllos cuyo interés por la fe cristiana es puramente de fórmula o, peor aún, quienes ven en la Iglesia tradicional la defensora de intereses burgueses y egoístas. Propiamente no se debiera hablar aquí de Iglesia; y no es infrecuente que este tipo de católicos hayan abandonado la Iglesia o se hayan adscrito a un cierto tipo de sectas protestantes, que no cuestionen la dimensión social de su fe.

También a la Iglesia tradicional pertenecen quienes, aun de buena voluntad, siguen viviendo su vida cristiana de forma paralela a su vida social, avanzando quizás en algunos aspectos estrictamente religiosos, pero desprovistos de repercusión social. En este grupo debieran incluirse los movimientos carismáticos y semejantes, los cuales no sin fundamento e independientemente de la voluntad y conocimiento de sus miembros están apoyados eficazmente por intereses reaccionarios.

En el mejor de los casos a esta Iglesia tradicional pertenece lo que sociológicamente puede ser descrito como una Iglesia "gran institución", cuyas características pueden ser descritas de la siguiente manera:

"El modelo de una Iglesia 'gran institución' que tiene su centro sociológico y cultural fuera del mundo de los pobres, en los sectores ricos del país y en los países ricos del mundo; que valora más la disciplina y busca mayor cohesión funcional; que practica organizadamente la ayuda a los pobres; que tiene poder para negociar con las autoridades político-militares y para ejercer una cierta presión sobre ellas a fin de obtener dulcificaciones en los efectos sociales del régimen; que enseña con autoridad una doctrina y puede hacerse oír por los medios de comunicación social".¹⁴

Esta forma de ser Iglesia no posee una cohesión específica ni una conciencia histórica propia de iglesia local. Ser Iglesia es más o menos ser lo que siempre se ha sido, aunque se añadan algunos cambios secundarios para ponerse al día. Su influjo social es por ello casi nulo al nivel positivo, y es normalmente negativo, independientemente de la voluntad de sus miembros, pues sanciona con ello el statu quo y lo justifica religiosamente.

2.2. Por otra parte existe en el país lo que podemos llamar **Iglesia de los pobres**. Es esta la Iglesia que se ha dejado influir por el Vaticano II y Medellín y que se ha preparado responsablemente para Puebla. Se encuentran en ella católicos de las clases pobres, a los que se unen algunos de clase media y también algunos —muy pocos— de clase alta. Sociológicamente se puede describir de la siguiente manera:

"Una Iglesia 'red de comunidades' que tiene su centro sociológico y cultural en el mundo de los pobres, en los sectores mayoritarios,

que son los pobres del país, y en los países pobres del mundo; que valora más la fraternidad y busca una mayor corresponsabilidad; que vive y promueve la solidaridad en medio del pueblo; que cumple allí una denuncia profética de la injusticia, discretamente, pero asumiendo los inevitables riesgos, a fin de alimentar en los pobres la conciencia de su dignidad y la esperanza de un mundo diferente; que, en y desde el mundo de los pobres, busca dar testimonio del evangelio sin contar ordinariamente más posibilidades de comunicación que el contacto directo de personas y grupos".¹⁵

Lo más típico de esta forma de ser Iglesia —en que se unifican lo teológico y lo sociológico— es la encarnación en el mundo real, mayoritariamente pobre, en una triple dimensión: asumir la situación de las mayorías pobres, asumir solidariamente su causa, es decir, la defensa de sus intereses y luchas, y asumir su destino, es decir, participar en la persecución que le acaece por su solidaridad con los pobres. Este movimiento entre y para los pobres hace que a su vez la Iglesia vaya comprendiéndose a sí misma y la dirección de su misión desde los pobres, desde sus valores y sus esperanzas, aun cuando a partir de lo específicamente evangélico aporte también críticamente a la promoción misma de las mayorías.

A diferencia de la forma tradicional de ser Iglesia, la Iglesia de los pobres, a partir de sus realizaciones en la Arquidiócesis y minoritariamente también en otras diócesis, posee un considerable influjo social. De diversas formas, todas ellas mutuamente relacionadas y convergentes, se ha ido creando la capacidad de ese influjo.

2.2.1. En un mundo cambiante la Iglesia ha cambiado y lo ha hecho también a través del cambio típicamente cristiano que es la conversión. Esta Iglesia está en sintonía con la historia actual latinoamericana y no contra ella. Al nivel de comprensión del Evangelio y de los documentos de la Iglesia universal y latinoamericana, al nivel de los análisis sociales sobre la realidad y al nivel de las obvias exigencias de nuestro país —reconocidas a veces incluso por los líderes gubernamentales— esta Iglesia sintoniza realmente con nuestro mundo, a él va, a él quiere responder, y no se mantiene, como la Iglesia tradicional, o paralela al mundo o intentando el anacronismo histórico de que el mundo siga girando alrededor de ella. De esta forma, la Iglesia ha recobrado —quizás por primera vez en muchos siglos— su propia conciencia latinoamericana, y puede por ello también transmitirla al país; se siente más libre de dependencias foráneas, aunque se sienta integrada en la Iglesia universal que surgió del Vaticano II y de la Iglesia latinoamericana que surgió de Medellín.

Los cambios en esta Iglesia, bien notados por amigos y enemigos, se dan a nivel pastoral, litúrgico, catequético, educativo y teológico. Y se dan además

y sobre todo en aquel cambio más radical que llamamos conversión. El reconocimiento de los propios fallos y pecados no se hace por mera rutina, ni consiste meramente en una confesión de boca. Más bien, al descubrir el pecado del mundo la Iglesia descubre su propio pecado, y en la lucha contra el pecado del mundo se da la prueba real de una primera, pero importante conversión.

2.2.2. En esta Iglesia se da una buena, o la menos suficiente, coherencia entre teoría y praxis, entre ortodoxia y ortopraxis; coherencia que es indispensable para cualquier influjo social de signo positivo. La práctica de la Iglesia está apoyada en una buena reflexión teológica y explicitada en los documentos del magisterio local, sobre todo en las Cartas Pastorales y homilias del Arzobispo. Los agentes de pastoral participan de un proceso de formación permanente, en el que participan desde el Arzobispo y los sacerdotes hasta las religiosas y delegados de la palabra. Esto hace que la práctica de la Iglesia no sea una práctica ciega o sólo guiada por la buena voluntad y la actitud de servicio, sino también una práctica reflexionada y lúcida, que pueda dar cuenta ante otros de su racionalidad evangélica y social, y que pueda ser reconocida como razonable por todo hombre de sano juicio, que no esté dominado por absurdos prejuicios.

Y a la inversa, la teoría de la Iglesia se realiza y verifica en la práctica, de manera que no se convierta en teoría vana y atemporal. La palabra de la Iglesia tiene valor social no sólo por su intrínseca verdad evangélica, sino también porque su realización práctica le quita la rutina que tantas veces acompaña a declaraciones ideológicas, eclesiásticas o políticas, y la hace contrastarse con lo real. La palabra de la Iglesia siempre ha tenido el peligro de repetir verdades o deseos, pero también de ser pronunciada más allá de lo real sin que pueda ser verificada. La palabra de la Iglesia de los pobres quiere que se verifique en lo real; y por ello, con la modestia del caso, pretende poner por obra lo que predica, con lo cual su verdad se hace real y por ello más influyente socialmente.

2.2.3. La Iglesia de los pobres ha logrado una unión intraeclesial desconocida hasta ahora. La unión se da porque nunca como ahora jerarquía, sacerdotes, religiosas y laicos cooperan juntos y aparecen masivamente unidos en reuniones y manifestaciones, en misas, procesiones y entierros. Y se da —valga la expresión— porque se puede dar, porque se ha encontrado el lugar objetivo que produce la unión. Este no es otro que el servicio de la Iglesia al mundo, el salirse de la Iglesia fuera de sí misma para anunciar e instaurar el reino de Dios, la realización de una misión, evidente en sí misma tanto evangélica como históricamente, de servir a los pobres.

La Iglesia de los pobres no sólo está unida sino que sabe por qué está unida y cuál es el fundamento

de la unión. Si a nivel teológico hay que afirmar que el fundamento de la unión es en último término el mismo Cristo, al nivel histórico ese fundamento consiste en realizar la misma misión de Cristo y a la manera de Cristo. La misión a realizar es lo que une, y mientras se mantenga esa misión se mantendrá la unión. Y si a esa misión acompaña el sufrimiento de la persecución, entonces la unión está cimentada sobre bases firmes.

Esta unión no es mera uniformidad en ideas y funciones, sino complementariedad orgánica. La unión entre jerarquía y fieles se basa en el diálogo mutuo, en el aprender unos de otros, en llevarse unos a otros. La cooperación de las diversas funciones se realiza teniendo en cuenta la división del trabajo en que no todos pueden hacer todo, pero en que todos tienen que cooperar verificadamente hacia un mismo fin de liberación integral. La unión es pluralista en el mejor de los sentidos, porque se recogen diversas experiencias y diversos ritmos pastorales, siempre que esa diversidad esté claramente al servicio del único fin.

2.2.4. La Iglesia de los pobres se distingue por la creatividad y la búsqueda de nuevas soluciones a nuevos problemas. Precisamente porque se comprende a partir de su misión acepta desde el principio un cierto no saber, lo cual en lugar de reducirla a la ignorancia y la inacción, se convierte en un no saber productivo, presupuesto de todo verdadero saber y así de la creatividad.

Prueba de esta creatividad son los experimentos pastorales a nivel de comunidades de base, su nueva lectura de la Biblia, la promoción y responsabilidad de sus líderes. Se muestra en la nueva liturgia, tanto en las comunidades campesinas como en las liturgias multitudinarias de Catedral y en las misas únicas. Se muestra en la nueva teología que va reflexionando desde la situación y para la situación sobre el seguimiento de Jesús, el descubrimiento de los signos del Espíritu en nuestro tiempo y la esperanza en el Padre de Jesús.

Y precisamente por ser creativa mantiene las tensiones que aparecen con los nuevos problemas, en lugar de sofocarlos. La tradicional tentación de la Iglesia de hablar y actuar sólo allá donde ella sabe y se siente fuerte es superada por la Iglesia de los pobres. Por eso en ella se intentan nuevos apostolados de avanzada, por ejemplo al servicio de las organizaciones populares, de los sindicatos, etc. Es este un difícil terreno pastoral y relativamente nuevo para la Iglesia, en el que —como afirma la Carta Pastoral sobre Organizaciones políticas populares— los obispos son conscientes de su limitación. Sería fácil en estos campos el silencio o la afirmación de vagas generalidades, como lo han hecho otros obispos. Pero la Iglesia de los pobres prefiere mantener esas tensiones y reconocer su cuota de no saber en lugar de ignorar los graves problemas reales que reclaman una

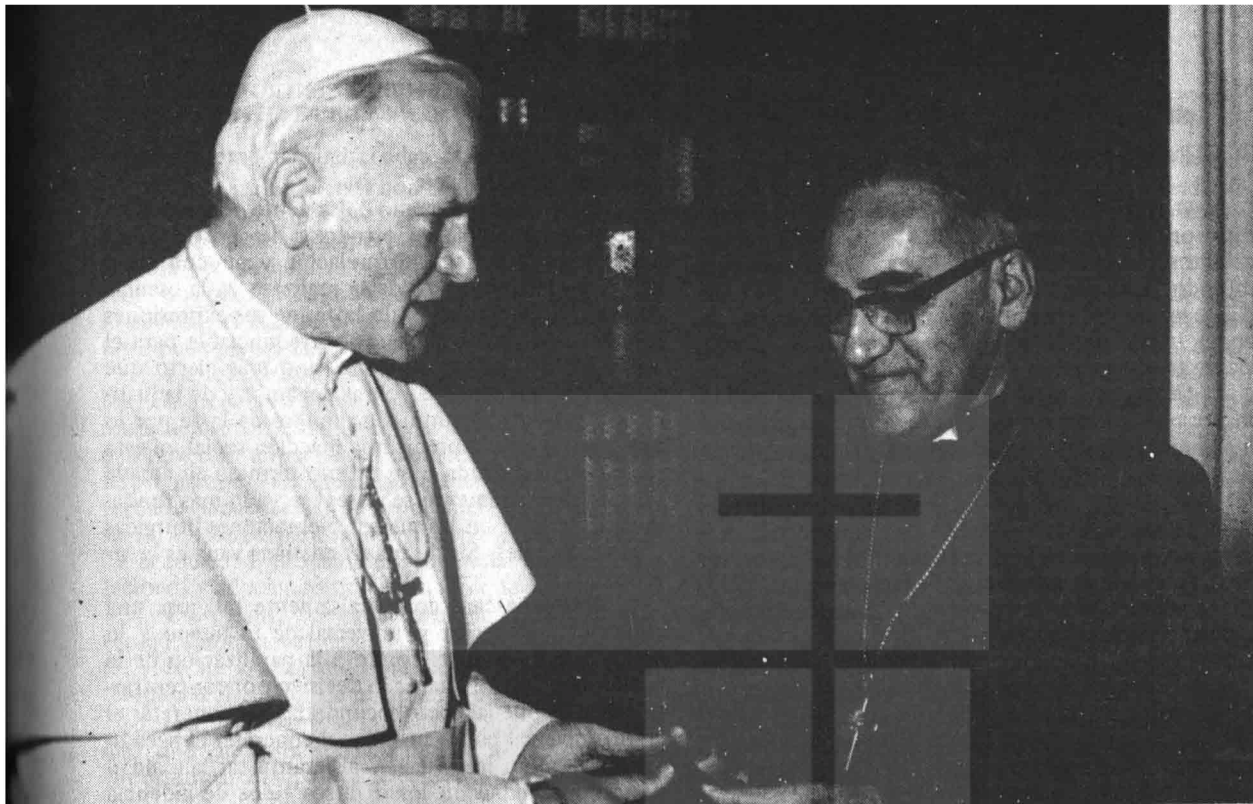
palabra de iluminación. Desde dentro de esas tensiones, con el diálogo, con la luz del Evangelio y con la luz que la misma historia va produciendo, la Iglesia puede ir dando su palabra creativa también en estos novedosos y espinosos campos.

2.2.5. Esta Iglesia de los pobres ha conseguido un prestigio nacional e internacional desconocido hasta ahora. El hecho es claro y realmente sorprendente por la magnitud del apoyo internacional y la calidad de las personas e instituciones que dan el apoyo. El símbolo de ese prestigio es sin duda alguna la persona de Mons. Romero, y su nominación al Premio Nóbel de la paz culmina por ahora el reconocimiento a su persona. Pero no sólo él, sino un numeroso grupo de sacerdotes y religiosas, y sobre todo las comunidades de base atraen frecuentemente el interés de visitantes internacionales.

La razón de este prestigio no está en una orquestación premeditada, como lo pretende el Gobierno, sino en los mismos logros evangélicos y sociales de esta Iglesia en favor de los pobres. Se da aquí la paradoja evangélica de que en la debilidad está la fuerza, y cuanto más atacada y perseguida sea la Iglesia, más fuerza social cobra si se mantiene fiel a sí misma. Mientras este prestigio no se torne en autocomplacencia o lleve a la inacción, como si ya se hubiese hecho lo suficiente, es evidente que hace de la Iglesia una institución con enorme poder social.

2.2.6. Por último la Iglesia de los pobres ha sufrido y sigue sufriendo la persecución de los poderosos. Este hecho sigue siendo de fundamental importancia para comprender su influjo en la sociedad. El mismo hecho de la persecución muestra que esta Iglesia ha influido realmente en la sociedad, llegando a tocar sus puntos neurálgicos, que han reaccionado violentamente. De otra forma no se puede explicar la magnitud y la saña de la persecución, que, dado lo pequeño de nuestro país, constituyen un record en América Latina. Muestra también que la Iglesia acepta la conflictividad de la historia y no rehuye introducirse en ella, y acepta que esa conflictividad es antagónica, y que hay por lo tanto que tomar partido por los que sufren la opresión y represión. No es por tanto una Iglesia idealista, aunque siga predicando también la utopía de la paz y la condena jerarquizada de la violencia.

El dato más significativo por lo que toca a la persecución es la entereza de la Iglesia en ella y a pesar de ella. No se trata de determinados momentos de valentía profética o de disponibilidad martirial, sino de toda una trayectoria que se mide ya por años. A pesar de muchas amenazas, a pesar de sacerdotes encarcelados y torturados, a pesar de varios sacerdotes expulsados y a pesar de cinco sacerdotes asesinados, por nombrar ahora sólo a los sacerdotes, la Iglesia mantiene su postura firme y decidida, mantiene la esperanza de los pobres.



Es indudable que esta entereza en la persecución tiene un inmenso influjo social entre el pueblo. Es la forma más elocuente de confesar que la Iglesia está en verdad con el pueblo que sufre, pues participa en verdad de su trágico destino y se mantiene junto a él. Sin duda ninguna en el pasado y en el presente el pueblo es el gran perseguido; él y no la Iglesia es en directo el gran oprimido y reprimido. Pero si la Iglesia es perseguida, entonces el pueblo capta intuitivamente que ello ocurre por defenderle, y que en ello la Iglesia se ha hecho parte real del pueblo.

2.3. Existen pues en el país dos formas de ser Iglesia con diverso influjo social. En países como el nuestro en que la mayoría de la población es al menos sociológicamente cristiana y en el que lo cristiano en un sentido amplio forma parte de las raíces históricas y culturales y de la autoconciencia del pueblo, la Iglesia no puede decidir sobre si tener o no un influjo social. De hecho lo tiene, al menos por ahora. Y por ello la única pregunta es por el signo de ese influjo.

En la Iglesia que hemos llamado tradicional el influjo tiende objetivamente a favorecer el statu quo, o porque, en pocos casos, así se declare explícitamente, o porque —por ignorancia o defensa de intereses— se pretenda mantener a la Iglesia al margen de los vaivenes y conflictos sociales. El resultado es en ambos casos prácticamente el mismo. La sociedad actual, reconocidamente por casi todos en estado de opresión, desigualdad y violencia, no encuentra en este tipo de Iglesia una amenaza y una de-

nuncia profética, ni tampoco un apoyo a salir de la postración y encaminarse por derroteros de más justicia.

En la Iglesia que hemos llamado de los pobres el influjo global tiende objetivamente a ser grande cuantitativamente y en la dirección de cambiar la situación en favor de las mayorías. El influjo social actual de esta Iglesia se debe a una serie de hechos objetivos, de los cuales hemos enumerado los principales, y no a la inercia de la actuación de la Iglesia en un país católico. El cambio y la conversión verificables que se ha operado en la Iglesia de la Arquidiócesis, la coherencia suficiente entre su teoría y su práctica, entre lo que predica y lo que realiza, la unión y el diálogo que ha sido capaz de lograr entre líderes eclesiales y bases del pueblo, la creatividad en dar respuestas nuevas a nuevos retos y el mantener y no romper la tensión que presentan nuevos problemas, todavía no suficientemente manejables, el prestigio internacional, y sobre todo la entereza en la persecución, hacen que esta Iglesia sea influyente entre las mayorías que la apoyan y las minorías que la atacan. Y para quienes desean en verdad el cambio social hacen que la Iglesia sea creíblemente influyente. No es esto triunfalismo eclesial de izquierdas, pues la Iglesia sabe en su interior lo mucho que queda por corregir y mejorar, y los muchos problemas que tiene que resolver para llegar a ser la Iglesia de Jesús. Pero esto no quita que en su globalidad y hacia afuera sea una Iglesia con inmenso influjo social.

3. El influjo social de la Iglesia

A través de su organización parroquial, de sus plataformas educativas y de los medios de comunicación social la Iglesia tiene una estructura apta para difundir su influjo masivamente por todo el país. Además, como hemos visto, en cuanto se configura como Iglesia de los pobres tiene de hecho la suficiente fuerza y credibilidad para influir.

Queda por analizar el contenido de ese influjo social, que se da a dos niveles distintos, aunque mutuamente relacionados: el influjo directamente en las personas y el influjo en la conciencia colectiva del país. Ambos influjos llevan a un cambio directo o indirectamente de la totalidad de la sociedad. Quisiéramos a continuación analizar brevemente el influjo de la Iglesia sobre la sociedad como totalidad, que se lleva a cabo a través de la incidencia en la conciencia colectiva.

Lo que fundamentalmente está haciendo la Iglesia es denunciar el todo de la sociedad como realidad inhumana, injusta y violenta, exigir una sociedad que tenga en cuenta las necesidades reales de las mayorías, proponer los criterios de una sociedad de acuerdo a la utopía evangélica y animar al trabajo e incluso a la lucha por medios legítimos para que esa sociedad nueva llegue a ser. Esto lo realiza en un doble movimiento de desbloquear ideologías paralizantes y justificativas del statu quo y, positivamente, generando valores importantes en la conciencia popular y realizando de alguna forma la concreción de esos valores dentro de la misma Iglesia.

3.1. Al nivel de desbloqueo ideológico lo más importante que ha hecho la Iglesia es reconsiderar la misma función y significado de lo religioso dentro de la sociedad y —en la situación concreta del país— invertir ese significado.

A partir de una nueva comprensión de la fe en Dios y del seguimiento de Jesús desenmascara como falsamente religiosa toda actitud fatalista o de mera resignación. Ni la creación ni la gracia de Dios son realidades que nos han sido dadas de una vez para siempre, sino que son a la vez don y tarea, y por ello los hombres somos responsables de nuestra propia historia.

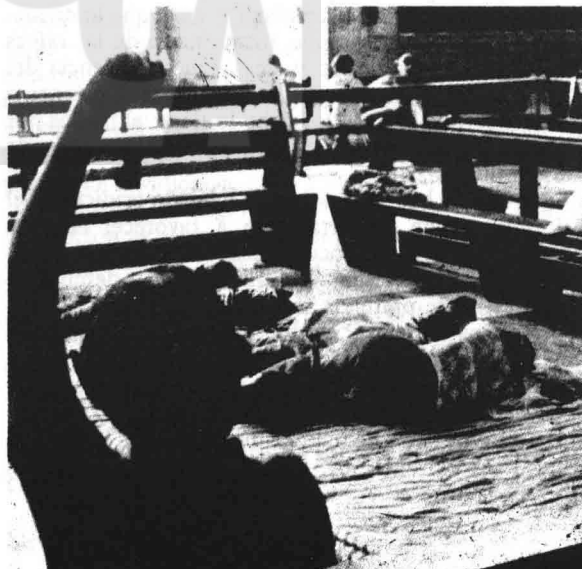
Desenmascara como falsamente religiosa toda actitud meramente pacifista que ignorase la conflictividad real de la historia. Si teológicamente la paz es el ideal irrenunciable y si los medios pacíficos son el ideal cristiano de acción, esto no anula el hecho de que los cristianos viven en una situación conflictiva, en ella deben tomar partido y deben luchar por la opción más humana. La Iglesia condena jerarquizadamente la violencia, considera incluso la posibilidad extrema de su legitimidad pero en cualquier caso exige siempre la humanización de cualquier tipo de lucha. Pero afirma en principio que la existencia cristiana no es ajena a la conflictividad y que la mis-

ma lucha, llevada a cabo cristianamente, es ingrediente de esa existencia.

Desenmascara como falsamente religiosa una concepción meramente ortodoxa del cristianismo, como si en la correcta formulación y aun confesión de las verdades sobre Dios se realizase ya la esencia de la fe. Si la confesión de la fe, en sus expresiones bíblicas y dogmáticas, es algo irrenunciable para el cristiano, no es menos cierto sino más cierto que una fe que no tenga las obras del amor y de la justicia es vana y alienante. En nombre de la fe por lo tanto no se puede predicar la inacción social, ni ésta puede ser paralizada o en último término eliminada porque supuestamente se poseyese ya lo más fundamental de la fe en las meras celebraciones litúrgicas y sacramentales. Sin la praxis cristiana vana es la ortodoxia.

Desenmascara como falsamente religiosa una concepción genérica y universal de lo bueno y lo malo, que lleva en el fondo a la paralización de la acción o a dejar de hacer lo decisivo por concentrarse en cosas buenas, pero secundarias. Al concretar el amor universal como justicia, al concretar el pecado universal como injusticia, y al jerarquizar la maldad y responsabilidad en los diversos tipos de violencia se está desenmascarando el falso universalismo.

Este desbloqueo ideológico que hace la Iglesia dentro de lo religioso sirve sin duda para que lo religioso tenga un papel distinto dentro de la sociedad, pero sirve también, aunque indirectamente, para desbloquear otras realidades sociales expuestas ideológicamente, como serían la democracia, la libertad, por no mencionar la sacralización que se hace de la libre empresa y la propiedad privada. Si se ha desenmascarado el hecho religioso en lo que tiene o ha tenido de alienante y contrario a su propia esencia, y si se han encontrado los mecanismos para desenmascararlo, se habrá encontrado también un modelo para desbloquear de la conciencia colectiva lo que hay de alienante en la presentación de ideologías políticas y económicas.



3.2. Además de esta función desbloqueadora, la Iglesia ha influido en la conciencia social colectiva a través de sus actuaciones positivas y tomando postura en situaciones importantes. Esto lo ha hecho movida por su conciencia cristiana y a través de lo religioso, pero su influjo ha sobrepasado el marco de lo eclesial. A este nivel sus realizaciones más importantes nos parecen las siguientes:

La Iglesia está devolviendo el valor a la palabra. En un país en que los medios comerciales de comunicación son claramente partidistas, que silencian o tergiversan importantes acontecimientos y sus interpretaciones, la Iglesia proclama una palabra de verdad. Recupera así la importancia de la verdad y su racionalidad para la convivencia y construcción de la sociedad, mostrándose imparcial en sus declaraciones y aduciendo pruebas de lo que afirma.

Esa palabra de verdad y en cuanto palabra de verdad tiene la virtualidad de convocar socialmente, y reúne grupos multitudinarios en Catedral, en templos o alrededor de un aparato de radio.

Esa palabra no se mantiene a niveles genéricos sino que presta el servicio de historizar realidades importantes. El "país", el "amor", el "pecado", el "conflicto", "los derechos humanos" no son sólo palabras genéricas, cuya verdad se supone ya sabida y por ello fácilmente manipulable. La Iglesia les devuelve realidad concretándolas. El país son las mayorías, el 80 o/o que vive en pobreza y miseria; el amor es hacer justicia a esas mayorías comenzando a los niveles primarios de garantizarles una subsistencia digna; el pecado es lo que da muerte a los hombres o les acerca a ella; el conflicto es lo que surge de la secular dominación de los poderosos; los derechos humanos son los derechos de aquéllos que menos derechos tienen en realidad.

La Iglesia trata además de hacer real esa palabra, de hacerla eficaz y no rutinaria. Por ello, y con las limitaciones obvias, si la Iglesia habla de conversión y de cambio trata de convertirse y cambiar de modo perceptible; si predica la solidaridad con los pobres trata de insertarse entre ellos, defenderlos y acompañarlos; si predica una postura de racionalidad ante los apasionamientos trata de mantener la imparcialidad y serenidad; si predica el derecho y la importancia de la organización popular trata de fomentar sus propias comunidades de base.

La Iglesia está devolviendo el sentido primigenio a seculares instituciones de los hombres. Por poner sólo dos ejemplos, la misma Iglesia en cuanto es también institución aparece en su dimensión primigenia de servicio y no dominación a lo que es su propia razón de ser, el pueblo de Dios; se despoja del gloriosismo de sociedad perfecta alrededor de la cual debiera girar el pueblo, e invierte esa relación, recordando así el sentido primigenio de lo que significa una "institución". La ley, como otro tipo de institución humana, es vista como necesaria para el buen

funcionamiento de la sociedad, pero la Iglesia recalca que su significado último es el servicio a los hombres, y más en concreto la defensa de los débiles, quienes sin la ley son todavía más fácilmente presas de la fuerza de los poderosos.

Se trata aquí por lo tanto no sólo de la amonestación ética a que se use bien de las instituciones y no se cometan los proverbiales abusos, sino de algo más fundamental, de encontrar el primigenio sentido de todo lo que sea institucional, que la historia va pervirtiendo y desfigurando.

La Iglesia está fomentando el sano y necesario sentido de pueblo, despojándose del paternalismo y proteccionismo típicos de partidos, gobiernos y de ella misma. Intenta aprender de los propios valores del pueblo, dialogar con él, y sobre todo alentar su propia toma de conciencia y organización. Ha aprendido que ella misma es "pueblo" de Dios, y que por lo tanto sin la participación activa de ese pueblo no puede haber Iglesia. Y predica también que una nueva sociedad no llegará a ser sin la participación activa de las mayorías, por lo cual pide insistentemente que se les respete su derecho a organizarse.

Por último la Iglesia posee la fuerza social de lo utópico, tanto en cuanto meta a realizar como en cuanto a los medios más humanos para alcanzarla. La fuerza de la utopía ciertamente no es idealista, como debiera quedar claro por todo lo dicho. Pero aún siendo utopía, es decir, futuro todavía no realizado, tiene la capacidad de orientar hacia el futuro y hacia un futuro mejor. Desde esa utopía la Iglesia puede mantener la esperanza de los pobres, denunciar con libertad todo lo que contradice a ese ideal, y criticar constructivamente lo que se hace pasar por utopía, en contenidos y métodos, pero que todavía no lo son. En nombre de la utopía puede influir en cristianizar y humanizar el trabajo y la lucha de los pobres, llenarla de espíritu y avisar de la posible deshumanización que históricamente es parte de la cuota de toda lucha humana.

Este es el influjo de una Iglesia de los pobres, tal como se da globalmente en la Arquidiócesis y en grupos más reducidos de las otras diócesis del país. Las otras formas de ser Iglesia tienen también su influjo social, pero normalmente en sentido opuesto por acción u omisión. Lo importante de la Iglesia de los pobres es que su influjo social no es paralelo a su ser Iglesia, sino que es el influjo que necesariamente se desprende de una fe eclesial vivida según el Evangelio y recordada en Medellín y Puebla. Por ello en la medida en que esta Iglesia sea fiel a sí misma, el país podrá contar con un positivo influjo en la configuración de una sociedad mejor y más justa.

NOTAS

1. Cfr. Mons. A. Rímera Damas, *Labor pastoral de la Arquidiócesis de San Salvador*, ECA, octubre/noviembre, 1977, pp. 805-814.
2. Citas tomadas de las Cartas Pastorales "La responsabilidad del laico en el ordenamiento de lo temporal" de 1966 y "La inflación en El Salvador ante la conciencia cristiana" de 1975.
3. Son conocidas varias homilías y mensajes del Sr. Obispo de San Vicente condenando duramente la miseria del país y los atropellos de personas del Gobierno y de los cuerpos de seguridad.
4. Cfr. ECA, marzo, 1977, pp. 251-254.
5. Cfr. ECA, abril/mayo, 1977, pp. 340-341.
6. Cfr. ECA, abril/mayo, 1977, pp. 332-334.
7. Para documentación y comentarios, cfr. *Iglesia de los pobres y organizaciones populares*, San Salvador, 1979.
8. Alrededor de 300 sacerdotes, religiosos y religiosas firmaron en marzo de 1978 una carta dirigida al Sr. Nuncio pidiéndole que cambiara su actitud hacia el pueblo y la Iglesia más comprometida y criticando con firmeza la imagen de connivencia con el Gobierno.
9. Cfr. el número monográfico dedicado a la Semana Pastoral en *Búsqueda*, mayo, 1976.
10. Para un balance de la persecución a la Iglesia y su interpretación, cfr. la publicación del Secretariado social interdiocesano *Persecución de la Iglesia en El Salvador*, 1977, y el Semanario *ORIENTACION* en que se actualiza periódicamente el cuadro de la persecución.
11. Para un estudio de los religiosos en el país, cfr. la publicación de la CONFRES *La vida religiosa en El Salvador*, especialmente pp. 29-70.
12. Cfr. *Búsqueda*, junio, 1978.
13. Cfr. la sección Solidaridad del semanario *ORIENTACION*.
14. R. Muñoz, *La función de los pobres en la Iglesia*, *Concilium*, abril, 1977, p. 20.
15. *Ibid.*

